



- ◆ Trabajo realizado por la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

# Algo más que la revista *Incunable*

José Francisco Serrano Oceja

Me permitirán que tomando la palabra de Miguel Delibes, como nos acaba de recordar Olegario González de Cardenal, defina la revista sacerdotal *Incunable* como una constelación de "hombres esenciales", en un tiempo esencial, fundante de proyectos que han modernizado nuestro catolicismo español, bregado de muchas raíces acuñadas en más de un proceso de intolerancia. Quizá haya que matizar. La esencialidad no sólo es modelo de referencia. Las ideas que esta generación, constelación, que es más universal, nos transmitieron también son esenciales. El olvido que, aparentemente, han sufrido parece deberse a la pérdida de conciencia que ha producido la ruptura eclesial posterior. No en vano, quienes hicieron la revista *Incunable*, fundaron PPC y llevaron la publicística católica a sus más altas cotas de efectividad mediática y pastoral, tenían claro que su labor era tender puentes de una orilla a otra de la fe y de la cultura; de una generación sacerdotal, marcada por el martirio de una Guerra incivil, a otra que intuía los cambios del Concilio Vaticano; del presbiterio al laicado; de la Iglesia a la sociedad, la nueva Iglesia y la nueva sociedad. Algunos de ellos viven, los menos. Otros, ya gozan de la presencia del Eterno, Señor de la Historia. La síntesis siempre es complicada si no hay un proceso de reconocimiento. Habrá que rendir cuentas a una herencia

que nos pertenece, por ciudadanos, por cristianos, por periodistas, incluso, y por inquietos corazones que buscan desesperadamente la sombra de maestros, en una época de saberes accidentales.

En la página 11 del diario *Arriba*, José María García Escudero atendía al palpito de la historia cultural de la España del pleno hecho franquista con su sección "Tiempo". En sus memorias nos dice sobre esta presencia: "Más personal que todos mis libros y más adecuada para dar idea de lo que era culturalmente la España de la posguerra fue la sección 'Tiempo', que, con una frecuencia de dos días a la semana, publiqué en el diario *Arriba*, desde 1951 hasta 1956 y después, hasta 1962, en *Ya*". En la página 11 del 4 de noviembre de 1953, podemos leer en la citada sección: "Incunable ha cumplido cinco años de vida. Buena ocasión para considerar la originalidad de una revista "sacerdotal" que se ha hecho indispensable a muchos seglares, y cuya modernidad es exactamente la que uno quiere para nuestro catolicismo (lo que el título de "Incunable" puede querer decir: "como escribir en un viejo pellejo con tipos de linotipia") y que es, a la vez, audaz y responsable...".

Hay una palabra que definirá, según el citado columnista, lo que *Incunable* fue: autocrítica. Hermana de viajes con destinos no aclarados de la revista catalana *El Ciervo*, *Incunable* fue uno de los principales instrumentos de ese mo-

\* Periodista.

vimiento regeneracionista, ajeno al triunfalismo de un régimen que entendía orgánicamente el hecho religioso en nuestro país. Porque *Incunable* tenía los pies en el suelo, y sabía que los nuevos tiempos del progreso material de la posguerra significaban nuevas oportunidades de apostolados nuevos, con modernos métodos traídos desde los países cercanos. En sus temas, en sus colaboradores, en el diseño, incluso, nuestra revista fue, sobre todo, Europea. Poseía un horizonte mental más allá de los límites de un círculo cerrado de pensamiento teñido de una tradición falsa por inmovilista.

Pero aún no hemos hablado suficientemente de *Incunable*, ya que no nos hemos referido a la personas de su mentor y de su artífice: el sacerdote, publicista, que no periodista, canonista, profesor de las dos Universidades de Salamanca, Lamberto de Echeverría y Martínez de Marigorta. Un hombre de sus tiempos, que fueron varios, de personalidad poliédrica, que se había tomado muy en serio la posibilidad de colaborar en la creación de una nueva sociedad y de una nueva Iglesia. Alberto de la Hera dijo que él era “un especialista en lo universal”. Había bebido de las fuentes del Seminario de Vitoria. Había sido pequeño secretario de una de las grandes figuras sacerdotales del siglo que acaba, Rufino Aldabalde, creador de un movimiento sacerdotal de fecundos frutos. Había surcado las ciudades de España, en el eje Vitoria, Salamanca, Madrid, para cultivar el apostolado de la buena pluma.

Don Lamberto supo ser, entre otras muchas cosas, el aglutinante de amistades capaces de forjar grandes proyectos. Decía que él y José María Javierre eran “dos cuerpos y una sola alma”. A este peculiar hilemorfismo podemos añadir, sólo referido a las personas que aparecieron en los consejos de redacción de *Incunable*, los nombres de: Vicente Puchol, Manuel Aparici, José Cerviño, Vicente Vilar, Luis Sala Balust, Ángel Morta, Carlos Castro, José

María Cirarda, Casimiro Sánchez Ali-seda, Justo Fernández, Antonio María Javierre, José María Pérez Lozano, José Luis Martín Descalzo, Luis Alonso Schökel, Mauro Rubio, Antonio Montero, Santos Beguiristáin, Cipriano Calderón, Manuel Useros, José María Burgos, Francisco Izquierdo, Adolfo González Montes, Carlos Osoro... Y tantos otros. Es sólo una pequeña muestra de quienes le acompañaron y reconocieron su magisterio eclesial, porque faltan muchos nombres de los que con él estuvieron en la Universidad, en el mundo de las letras y de los cánones.

*Incunable* tuvo tres etapas en su vida. Toda categorización es injusta con la realidad, aunque, en este caso, nos va a servir de guía en el frondoso bosque de los años. Los primeros años vivió los vientos de las ilusiones juveniles, de su más franca relación con el mundo universitario, de sus triunfos incluso allende los mares, en la otra España. Comenzó en 1948 y concluyó esta etapa en 1959, en circunstancias de consolidación. Incluso se podría decir que *Incunable* moría de éxito, cuando sus hombres empezaron a ocupar relevantes cargos en el Iglesia, principalmente. Muchos de ellos, de orden episcopal. Los años sesenta marcaron la estabilidad. Sus frutos más granados fueron el Instituto de Pastoral y los folletos PPC, embrión de la que sería la primera empresa multimedia de inspiración y contenidos cristianos de nuestro país. Y, a este paso, la última. Otra iniciativa, no menos exitosa, fue la colección de libros “Remanso”. Ya en los setenta, el declive hasta su desaparición en 1976. El hoy cardenal Antonio María Javierre escribió, entonces, una carta a don Lamberto en la que decía: “Tu modestia te impide hacer balances. Los jóvenes no saben lo que entonces significó tu “sí” decisivo en el arranque. Pero huelga aludir a los méritos que comporta tu perseverancia durante lustros en la frontera entre dos mundos, entre dos vertientes de la historia de la iglesia

en España y de la Iglesia sin adjetivos. Caen las páginas de "Incunable" como hojas secas. Si quieres como pétalos que cumplieron su misión. Y dejan que el fruto madure".

*Incunable* se fue, pero queda aquel "Incunable para laicos" que pretendió ser *Vida Nueva*. Aunque la vida de ahora no se parezca mucho a la de los inicios. Queda el "espíritu de PPC", un espíritu que ha progresado con las nuevas técnicas del marketing empresarial. Quedan las ideas, los escritos, el realis-

mo eclesial de esta constelación de "hombres esenciales" y los archivos. El personal de don Lamberto, clausurado. Y, más allá de los archivos, sus diarios, a buen recaudo de un fiel custodio de intimidades, de pensamientos divinos y humanos, que hacen de esta herencia un pozo sin fondo. Un oasis de verdades que un día se mostrarán en todo su esplendor. A la luz de una vida, la de Lamberto de Echeverría, que mereció el dicho evangélico: "Y pasó haciendo el bien".